



El próximo domingo iniciamos el jubileo de la Santa Cruz, un tiempo de gracia en esta Santa Iglesia Catedral, que hunde sus raíces en la historia de nuestro pueblo, y que tiene como preciosa fuente la Cruz de los Ángeles y la Cruz de la Victoria. Contemplar estos dos signos de triunfo, y celebrarlo, nos hace recordar lo que en el evangelio de este día se nos dice, y que es aspecto central en el seguimiento de Cristo: *“Quien no carga con su cruz y viene en pos de mí, no puede ser discípulo mío”*.

Un Padre del desierto dijo: *«Llegará un tiempo en que los hombres enloquecerán. Y cuando vean a alguien que no esté loco, lo atacarán diciendo: “¡Estás loco!”, porque no es como ellos»*.

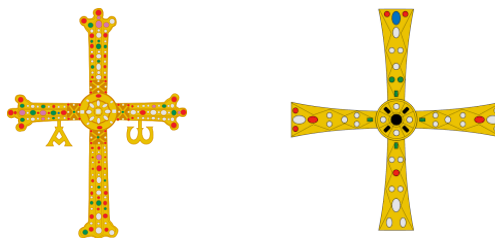
San Pablo vivió esta experiencia:

«Los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles» (1 Co 1,22-23).

¿Dónde está la verdadera sabiduría de la que se nos habla en la lectura primera?

San Juan Crisóstomo, comentando este pasaje, escribió: *«Por medio de lo que parecía una tontería,*

Dios destruyó la filosofía de los gentiles. La necesidad de Dios es más sabia que los hombres».



El Crisóstomo subraya que Pablo no vino con silogismos ni sofismas, sino con la fuerza del Espíritu, anunciando al Crucificado. La sabiduría cristiana no se apoya en la retórica, sino en el poder transformador del amor entregado.

San Agustín, por su parte, nos recuerda: *«La cruz es cátedra del Maestro, trono del Rey, altar del Sacerdote»*. Para él, la cruz no es un instrumento de tortura, sino el lugar donde se revela la sabiduría divina: el amor que se entrega hasta el extremo.

San Ireneo de Lyon, uno de los primeros pensadores cristianos, contemplaba la cruz como el punto de unión entre cielo y tierra: *«La Palabra se hizo carne para que el cuerpo, por el que el pecado había conseguido su dominio, fuera también redimido. Por eso tomó nuestro Señor el mismo cuerpo que el de Adán, para vencer al que mediante Adán nos había afectado»*. La cruz, entonces, no es solo redención, sino restauración de la comunión perdida.

La lógica de la cruz

La lógica de la cruz no es la del mundo. El hombre nace y crece asimilando la lógica del poder, del éxito, del placer. Cuando se le anuncia la *“locura de la cruz”*, es natural que dude, que se sienta per-

plejo. Pero esa perplejidad puede ser el umbral de la sabiduría.

Buscamos la vida, no la muerte. Rehuimos el sufrimiento. Y sin embargo, como decía San Gregorio Nacianceno: *«No hay nada más grande que imitar a Cristo en su pasión. Porque en ella se revela el amor más puro»*.

El cristiano no busca el dolor, sino el amor. Pero cuando el amor se vive hasta el extremo (cf. Jn 13,1), se transforma en don de vida. Por eso la cruz, de signo de muerte, se convierte en símbolo de vida.

De signo de muerte a símbolo de victoria

Hasta finales del siglo III, los símbolos del cristianismo eran el ancla, el pez, el pastor. No fue sino hasta el siglo IV, con el hallazgo de la cruz por Santa Elena, que este instrumento de suplicio se convirtió en emblema de victoria. No una victoria militar, sino espiritual: sobre la muerte y todo lo que la causa.

San Ambrosio lo expresó con belleza: *«La cruz es el estandarte del amor. En ella Cristo nos enseñó que el verdadero poder es el sacrificio»*.

Para interiorizar este misterio repitamos con humildad y confianza, como diría san Ignacio de Loyola, a ratos y durante todo el día:

«Danos, oh Dios, sabiduría del corazón».





Sal 89, 3-4. 5-6. 12-13. 14

Tú reduces el hombre a polvo, diciendo:
«Retornad, hijos de Adán.»
Mil años en tu presencia son un ayer, que pasó; una vela nocturna.

Si tú los retiras son como un sueño, como hierba que se renueva: que florece y se renueva por la mañana, y por la tarde la siegan y se seca. Enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato. Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo? Ten compasión de tus siervos. Por la mañana sácianos de tu misericordia, y toda nuestra vida será alegría y júbilo. Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos. Sí, haga prósperas las obras de nuestras manos

El Salmo 89 nos coloca frente a una verdad que no podemos ignorar: la vida humana es breve, frágil, como la hierba que brota por la mañana y se marchita al caer la tarde. “Mil años ante tus ojos son como el día de ayer que pasó” (v.4). Esta conciencia no nos lleva al miedo, sino a la sabiduría. “Enséñanos a contar nuestros días para que adquiramos un corazón sabio” (v.12).

Pero ¿qué significa tener un corazón sabio? El Evangelio de hoy, tomado de Lucas 14, 25-33, nos da la

respuesta: sabio es aquel que, conociendo la brevedad de la vida, decide seguir a Cristo con radicalidad. Jesús no suaviza su mensaje: “El que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío” (v.33). No se trata de una renuncia superficial, sino de una entrega total.

San Gregorio Magno comenta este pasaje diciendo: “El alma se enardece cuando oye hablar de los premios de la gloria y quisiera encontrarse allí... Pero los grandes premios no pueden alcanzarse sino por medio de grandes trabajos”.

Aquí se une la sabiduría del salmista con la exigencia del Maestro. Contar nuestros días no es solo reflexionar sobre la muerte, sino calcular el costo de la vida verdadera. Como el constructor que evalúa si puede terminar la torre, o el rey que sopesa si puede vencer en batalla, nosotros estamos llamados a discernir si estamos dispuestos a cargar con la cruz.



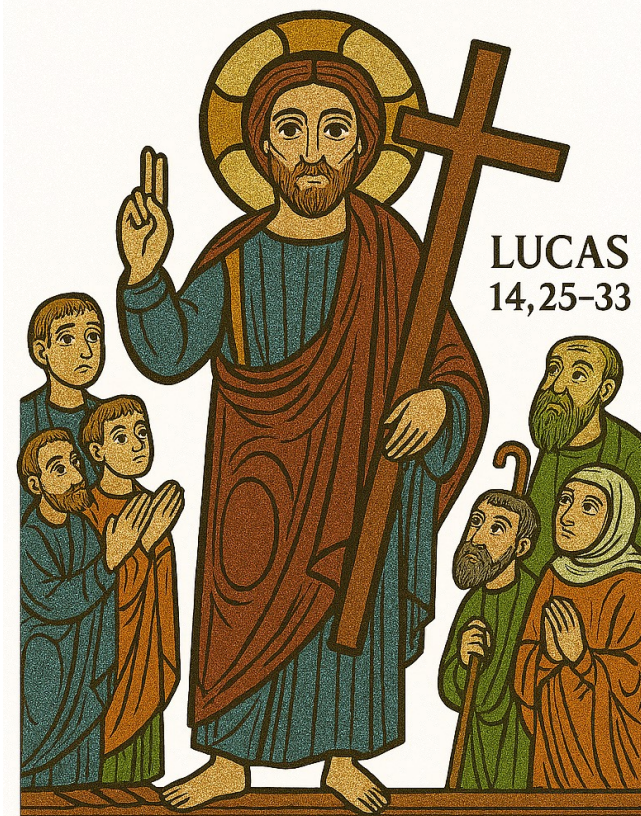
Vivir como discípulos es vivir con propósito, con entrega, con amor. No se trata de despreciar la vida, sino de vivirla en plenitud, sabiendo que todo lo que no se entrega a Dios se pierde.

El salmo 89 nos enseña a mirar la vida con humildad; el Evangelio de Lucas nos llama a vivirla con valentía. La sabiduría no está en prolongar nuestros días, sino en vivirlos con sentido. Y ese sentido se encuentra en Cristo, que nos invita a seguirle, a cargar la cruz, a renunciar a lo que nos ata, para vivir en libertad. **Viviremos en libertad, sino anteponeamos nada al amor de Cristo.**

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis
Unos textos para guardar en la memoria del corazón

XXIII DOMINGO C



¿QUIÉN SE IMAGINARÁ LO QUE EL SEÑOR QUIERE?

SAB 9, 13-18

NO ANTEPONER NADA AL AMOR DE CRISTO

LC 14, 25-33